

## **La muerte de mi hermano Abel**

# La muerte de mi hermano Abel

GREGOR VON REZZORI

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original:  
*Der Tod meines Bruders Abel*

Copyright: © 1976, Gregor von Rezzori  
Primera edición: 2015

Traducción  
© JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

Imagen de portada  
© SLUB Dresden / Deutsche Fotothek / Richard Petersen

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2015  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España.

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión  
KADAMOS

ISBN: 978-84-16358-06-9  
Depósito legal: M-32695-2015

Impreso en España

The translation of this book was supported by the Austrian Federal  
Chancellery.



Cultura

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN, CULTURA  
Y DEPORTE

SECRETARÍA  
DE ESTADO  
DE CULTURA

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del ministerio de  
Educación, Cultura y Deporte

¡A quién sino a ti!

«El lenguaje último de la locura es el de la razón, pero envuelto en el prestigio de la imagen, limitado al espacio de la apariencia que la define, formando así los dos, fuera de la totalidad de las imágenes y de la universalidad del discurso, una organización singular, abusiva, cuya particularidad obstinada constituye la locura».

MICHEL FOUCAULT, *Historia de la locura en la época clásica*

1

Como si lo hubiesen arrojado al país de los lotófagos, aquel hombre parecía haber olvidado su patria. Que era un forastero se lo echaba en cara, un día sí y otro también, el extenuado viento marino que llegaba en ráfagas dispersas, las cuales cruzaban la marisma desierta y barrían los campos de ruinas repletos de malas hierbas, para extraviarse luego en los agujereados entramados de callejuelas de la ciudad desmembrada.

El cielo plomizo se lo repetía a diario, sus nubes grises como buches de paloma, grabadas a buril en los cabrios de los desgajados techos a dos aguas; sus sombras habían pulido las paredes en ruinas, dejándoles un color rojo lacerante, y el agua chorreaba de su plumaje hasta diluirse y deshacerse con un color blanquecino; a veces fenecían bajo los leves flechazos de un sol distante y avaro que las atravesaban para quebrarse luego, frágiles como eran, contra los mástiles de las grúas del puerto, donde sus fragmentos yacían dispersos sobre la piedra húmeda de los muelles, levemente bruñidos como la hojalata, levemente mecidos en el agua fría, hasta que nuevas

bandadas de palomas arribaban, unidas pecho contra pecho, para picotearlos a toda prisa.

Las noches se lo ocultaban con sus silencios, madrastras reinas, flotando sin lunas a través de su sangre, sin chillidos de pájaros ebrios de sueño midiendo con sus ecos aflautados el silencio de un paisaje negro y argénteo: masas de una oscuridad algodonosa y estancada prensaban el cielo contra la tierra, arrancaban a las desanudadas farolas de las calles, al lastimero encanto de las devaluadas e improvisadas iluminaciones de las tiendas, unas pálidas aureolas de niebla que luego encauzaban con destellos aceitosos hacia la negrura de los canales.

El aire saturado de agua lo arrastraba todo, en los graznidos de las gaviotas salvajemente empujados hacia la nada, en el batir de sus alas, que iba tejiendo, con su incansable navegar, el vacío de la eternidad, en un carnaval de pesadilla: *pierrots* que se precipitaban de un lado a otro, subiendo y bajando, que se cruzaban y perseguían mutuamente y caían tambaleándose, a veces rodeados por el polvo de un torbellino de copos de nieve, o sombreados por los flecos transversales de la lluvia. Él lo oía todo en medio del fragor de la ciudad, ese rumor inconstante que lo rodeaba, como el viento extraviado, impregnado por los fantasmas del pasado a veces, perturbado por el mugido de morsa de la sirena de un barco. El sonido le llegaba desde voces angostadas, desde el pálido tono de las personas que pasaban a su lado con sus migajas de charla y sus ociosos vagabundeos de siempre; lo observaba desde el azul desustanciado de unos ojos en los que el lustroso estupor del entendimiento se había congelado y transformado en la mirada enigmática de las ondinas —la extrañeza se había interpuesto entre él y lo demás, y ya esa sensación de extrañeza no lo vinculaba con nada, una extrañeza a la que ambos estaban expuestos.

*Yes, sir.* Así debía comenzar. En un tono órfico. Con un imperfecto evocador, susurrante. Época de escombros en Hamburgo,

a orillas del Elba, *Germany* 1945-1948. Mirada enigmática de las ondinas (en lugar de la testarudez hanseática). Arrojado donde los lotófagos (en lugar de *displaced person*). Arte poética. Así lo escribí, con el corazón palpitante e imbuido de una sacra esperanza: *Como si lo hubiesen arrojado al país de los lotófagos, aquel hombre parecía haber olvidado su patria.* —Punto. Y dejar que se desvanezca el eco...

La primera frase debe entrar como pábulo de campanas:

Firmemente fijado en la tierra, tapiado con obra de ladrillo,  
se alza el molde, de arcilla cocida. Amurallado a las tierras.

Schiller, *mister Brodny*; se lo digo por si acaso la memoria le ha abandonado. *You probably call him Skyler, now.* Eskáiler. *Well, we still call him Sheelah. We are proud of him.* La voz cantora y sonora de un querubín. Canto y sonido para el corazón de un niño. *Daddy, tell me a story. Sissignore, subito!* La fatalidad comunicada despierta nuestra reflexividad (¿o acaso nuestra moralidad?). Despierta, eso sí, nuestra sensibilidad. En fin, *tell me a story* y, si es posible, en tres breves frases. Pero para ello se necesita una forma sólida (Schwab habría dicho: *Ni plus, ni moins*).

Pero eso a nosotros, los alemanes, no nos va. A los franceses, sí. Los hermanos franceses siguen siendo cartesianamente claros como el cristal. En cada uno de ellos, la voluntad estructural de la forma; y todo a pesar de Vichy, de Oradour, a pesar de Argelia y de *monsieur le général* de Gaulle, de una vida intelectual ahora inundada de españoles, balcánicos y judíos rusos. Un estilo nacional de plena homogeneidad cultural, precisamente. Lo mismo piensa Scherping, nuestro amigo común, *missing link*, gran editor, diseñador de la cultura de masas, así que debe de saber lo que dice. Tal vez no sin cierto indicio de envidia nacional..., pero qué más da, ese hombre es un masoquista. Despierta nuestra moralización reflexiva. En cualquier caso, la voluntad de forma de los franceses se reconoce desde siempre en nuestra literatura. ¡Estupendo! Ni una sílaba de más. Cualquier *chef d'œuvre*, por así decir, es su propio sumario, y ni una palabra de

más. Ejemplar. ¿Y qué me dice de sus vinos? En eso estará de acuerdo con el amigo Schwab, ¿no? Y las mujeres... De eso mejor ni hablar. Y la cocina francesa, ñam ñam. Y también los impresionistas, lógicamente; y por supuesto, París... ¡Ah, París...! La música de acompañamiento, obviamente, la concebimos nosotros, los alemanes: Offenbach (un judío, sí; pero, en lo musical, un pura sangre alemán). Wagner (primero, el escándalo, pero luego se impuso). El único nativo es aquel tipo cuyo nombre se asemeja a ese mueble de baño que las chicas usan en este país para lavarse el chichi: Bizet (muy valorado por Nietzsche, por cierto).

Yo, por mi parte —y en cualquier caso—, puedo cantarle a París como a usted le plazca: al mejor estilo *Jugendstil*, con una suave melodía de vals: *Y si París, París, no estuu-viera, tal vez, a ti, volver yo quisiera* (un giro, un saltito), *volver a tu hone-esto lecho de amor*, rampampám... O algo más vivo, a tempo de marcha, con retumbar de metales: ¡*Viva! ¡Estamos en el bulevar! ¡Viva! ¡Estamos en Paaaaarís!* (repicar de tambores, golpe de címbalo...). El vuelo de una golondrina, la vida.

Eso, para los franceses. Para nosotros la cosa no está tan clara. Como se sabe, somos muy musicales, pero en la expresión verbal somos amorfos, nubosos, nebulosos. No hay que asombrarse de tanta fatalidad difícil de comunicar. Alma llena de conflictos. La frente ensombrecida por demasiadas ideas demasiado elevadas y tempestuosas. Eterna pugna entre el pensamiento riguroso y el gran arte. *J'comprends jamais c'qu'tu veux dire, mon ours*: la constante queja de Gaia. *Ours des Carpathes*, permítame aclararlo, un oso de los Cárpatos, no el oso alemán.

Pero yo, en realidad, soy tan poco alemán como usted, *citizen* Brodny, es americano, a pesar de su distanciamiento ultramarino y de sus visionarios desplazamientos de un hemisferio al otro del mundo, por muy anglosajonamente pragmático que sea su modo de hablar sobre la fuerza de la forma, la voluntad de forma o la problemática de las formas en las naciones europeas... (Para gustos, colores; ¿o prefiere que le diga algo en yiddish que tenga el mismo sentido? Puedo servirle ambos, no sólo soy un



lacayo literario por profesión, sino también un políglota *homme à tout faire*, un cambiachaquetas del lenguaje).

Pero, a fin de cuentas, ¿qué significa lo que sea cada cual? En nuestros días, tan agitados, uno no es tan sencilla y decididamente una cosa o la otra. Sucede que a veces uno es ambas cosas al mismo tiempo y, simultáneamente, no es ninguna de las dos: una mezcla de nada y de todo, como, por ejemplo, nosotros. Destino de refugiados. Suerte de emigrantes. Hemos perdido nuestras patrias verdaderas y luego, con los lotófagos o en otra parte, las hemos olvidado. En algún sitio, por el camino.

¿Cuál era, por cierto, su patria, estimado *mister* Jacob G. Brodny? En lo geográfico, al menos, sería la *Europa centrale*, supongo. Como la mía, dicho sea de paso. Una de esas que nacieron con los dictados de paz de Brest-Litovsk, Trianon y, finalmente, Versalles (es decir, una patria nacida casi al mismo tiempo que yo). Por entonces, en medio de aquel horror à la Käthe Kollwitz que surgió después de la primera de esas devastaciones de sangre-mugre-hierro llamadas guerras mundiales, nuestro hemisferio era tan prolífico en el alumbramiento de nuevas patrias como lo es hoy la parte más oscura de África.

Y en las dos, por cierto —como sin duda usted ya sabe—, se contó con la ayuda de partera de los americanos. En aras de los más sagrados principios morales y moralizadores, se entiende: el sentido americano de la libertad y de otros derechos humanos similares no tolera los imperios, por lo tanto, tampoco las colonias, da igual que sean negras, blancas o estén en cualquier continente. Porque si vamos a dar crédito a Nagel (¿y por qué no habríamos de hacerlo, siendo —como es— un escritor de fama internacional, autor de tantísimo éxito, el más honesto divulgador de la probidad en las cocinas comedor de los alemanes, caballo de batalla de la editorial de Scherping y quien, por así decir, clavó el último clavo, el clavo de gracia, en el ataúd de Schwab,\*

\* Juego de palabras con *Nagel* (clavo) y *Sargnagel* (literalmente, clavo de ataúd, pero usado en la expresión *jemandes Sargnagel sein*: Llevar a alguien a la tumba). [N. del T.]

y sea probablemente, para usted, una de las fuentes más ricas de provisiones?); porque, repito, si atendemos a la opinión de Nagel, es legítimo vender armamento sólo a los Estados soberanos.

Pero bien: cuando —retomando la cuestión anterior— adecuó la demanda a la oferta, me veo ante *l'embaras du choix* (que en alemán, en poética paronomasia, se dice *die Qual der Wahl*, «el tormento de la elección»): hay demasiadas patrias para mí como para poder decidirme por una.

Hombre sin carácter, lo sé (lo cual se corresponde asimismo con mi actitud en la guerra: me escaquéé, no me convertí en un honroso mutilado, como Nagel). Pero piense en una cosa: consideré que mi única oportunidad era alcanzar la dignidad de un Premio Nobel (de literatura, se entiende).

Porque ¿acaso esa unción anual que se prodiga a un individuo dotado para la escritura, que se reparte sistemáticamente entre todos los países, desde Islandia hasta Ghana, no equivale a otorgar casi a cada una de las actuales patrias un certificado que atestigüe su madurez cultural, lo cual, a su vez, les da legítimo derecho a tener, con conciencia del propio valor, una bandera nacional y un ejército bien dotado de armas automáticas? A algunas patrias, incluso, se les otorga varias veces, y en ocasiones es tan clara la situación embarazosa generada por esto último, que enseguida nos asalta la sospecha de que, una vez agotada la ronda y todas las patrias sean premiadas individualmente, ya no se sabrá bien cómo continuar. Sin embargo, jamás se le ha dado el Premio Nobel a un apátrida. Y a mí me parece el momento de hacerlo. Aunque, en lo que a mí respecta, debo admitir un error: el premio no se concede por libros jamás escritos. Una lástima, porque en algunos casos sería más merecido que concedérselo a la persona.

Pero no hablemos de ello. A Nagel se lo darán. ¡Gloria para él y sus laureles! Si Schwab no hubiera sido incinerado, estaría revolviéndose en su tumba como San Lorenzo en su parrilla.

Por cierto, eso me hace pensar en algo en lo que debía haber pensado antes: como lector de la editorial de Scherping por varios años, Schwab tiene que haberle conocido a usted, al gran

—pero ¡qué digo!—, al más grande agente literario internacional, o por lo menos el más astuto. ¡Cuánto me gustaría saber cómo habría sido ese encuentro! ¿Tan prontamente fallido como el nuestro? Es curioso que Schwab nunca me haya hablado de eso (pero, en fin, era tan reservado). Yo, en cambio, no he sabido hacer nada con mayor urgencia que escribir la absurda historia de nuestro encuentro. Con la intención, obviamente, de trompeteársela a todo el mundo.

*Che buffonata!* Usted (para mi más vivo pesar, ¡se lo aseguro!) tuvo la impresión de que yo pretendía burlarme. Supongo que se trata de un malentendido habitual, debido a mi tono irónico. Pero permítame rectificar algo: la ironía no es agresiva. Es la forma de expresión natural de los perros tristes, no de los mordaces. Sobre todo cuando uno se enfrenta a una excesiva certeza de sí... *If you get what I mean.*

Lo admito: mis reacciones son las de un neurasténico. Pero vivo entre franceses, me sobreexcito demasiado. Me sucedía probablemente desde antes, y para ser justos, debo admitirlo: quince años en un entorno alemán, dos tercios de los cuales en la costa hanseática, no es como salir de pícnic. Pero la puntilla me la han dado los franceses.

2

¿Qué me dice, Jacob G. Brodny, ciudadano de Estados Unidos de América con pleno derecho, con méritos de guerra —y de otro tipo— en *The European Theatre*, supermán de la industria literaria rodeado de la más bella aureola (de luces de neón) del americanismo?; ¿qué me dice de esa certeza de sí mismos que distingue a los franceses, tan incomprensiblemente pasada de moda, defendida hasta un punto casi provocador? ¿Esclerosis? ¿Fenómeno de fosilización? Lo admito. No obstante, ¿no es eso algo así como una espina clavada en la carne de los hombres que dominan el mundo? Uno ya no da crédito a sus sentidos:

ser francés —según te hacen ver aquí en París a cada paso— no es, sin más, tener una nacionalidad, de eso nada: es una señal de gracia divina, una forma superior de la existencia, desarrollada a partir de un origen etónico mucho más valioso, derivada del agua madre de un más noble espíritu popular. ¡Y todo esto en este siglo suyo, *Yéicob Yi*, el siglo americano, en el que es casi inconcebible otra forma de existencia, en nuestra parte del mundo, distinta de la americana! ¡Obstinación fenoménica de la historia evolutiva! ¿Acaso no se lo parece a usted también?

Antes estábamos acostumbrados a este tipo de cosas: a la arrogancia leporina y vitiligosa de los británicos, por ejemplo; o a la furibunda conciencia nacional de los balcánicos, es decir, de los serbios. También los alemanes, alguna vez, pudieron darse el lujo de ser abiertamente alemanes. Todo ello era habitual en un concierto de las naciones tocado a ritmo de vals, formaba parte del panorama europeo. Una enorme variedad de pueblos, y cada uno de ellos portador de un *algo* que era motivo de orgullo: británicos, búlgaros, bosnios, holandeses, helvéticos, hutsules. También los serbios, cuando se pensaban como serbios, se consideraban de inmediato algo mucho más importante que cuando, simplemente, pensaban: «Yo, Milosh», o: «Yo, Janko». Un Milosh serbio era en cierto modo un Milosh elevado a la segunda potencia, un Milosh acrecentado. El individuo no se pierde en el colectivo, al contrario: se transustancia en él y accede a una forma más clara, cobra un peso específico más elevado. Nagel escribe: «¡Formar parte del pueblo, ser pueblo en el lenguaje, en cuerpo y espíritu, llevarlo en el rostro, en los ademanes y los gestos, eso es también aristocracia!». Una verdad de Perogrullo que debemos tener siempre a la vista. A Schwab, el alemán, esto le resultaba desagradable; y se comprende. Como alemán, uno conquista mejor su propia forma renegando de lo alemán (en el espíritu de Goethe o de Hölderlin). Pero eso no disminuye la validez general de la frase. Y mucho menos en el caso de los franceses.

¿No es esto curioso en una época en la que casi ningún pueblo, casi ninguna nación constituye, en sí, el entorno del cual

puede sentirse integrante —como producto derivado— quien forma parte de ella; en una época, efectivamente, en la que ya nadie sirve de molde para los rasgos nacionales ni es posible estampar un estilo propio? Que me muestren las diferencias de estilo entre una bomba de gasolina española y otra sueca; las divergencias paisajísticas entre un tramo de autovía o un aeropuerto cerca de Hamburgo, *Germany*, de Roma, *Italy*, o de Dallas, Texas. Hoy en día sólo existe un estilo supranacional: el estilo americano. También un tramo de autovía cerca de *Paéris, Franx*, es mucho más americano y apenas se diferencia de otro en las inmediaciones de Tokio, *Giapán*. Como apenas se diferencian aquí o allá los aeropuertos y las bombas de gasolina. Los franceses, en cambio, son cada vez más franceses. Los españoles, los suecos, los japoneses se van convirtiendo, a ojos vista, en americanos mascachicles y devotos de los ordenadores. Los franceses, en cambio, nunca fueron más intensamente franceses que a día de hoy.

Me preguntará por qué me ocupa tanto este tema. *Well, sir*: lo veo como un excéntrico pasatiempo (en otra época se hubiera dicho un *spleen*). Estoy buscando la otra mitad de mi vida. Como los amantes de Aristófanes, busco la parte perdida de mí mismo, la mitad de una dualidad originaria. Una mitad que perdí en algún momento, sospecho que un día gélido y claro en Viena, en marzo de 1938, cuando apenas tenía diecinueve años, diecinueve inocentes años. Aquellos años han sido amputados de mi existencia, como el brazo derecho de Nagel. Desde entonces ando tras el rastro de su manifestación sensible (porque, como Nagel, que afirma que todavía siente cómo mueve los dedos de la mano que le falta, también yo siento en mí, de un modo abstracto, mi yo de entonces).

Busco, pues, esa otra parte de mi vida en el único sitio donde puedo buscarla: en países, paisajes, nubes, ciudades —porque sí, son sobre todo las ciudades las que a veces, con sus luces, aromas y ruidos, sus colores, formas y ambientes, hacen revivir en mí la totalidad de ambientes, colores, ruidos, aromas y efectos de luz de toda una época— siempre de forma repentina: dolorosa y al mismo tiempo deliciosa, aunque, por desgracia, sólo por una fracción de segundo, la de unos fugaces momentos.

En resumen: busco la otra mitad de mi vida en los residuos, en el eco —mejor dicho— de esa época a la que esa vida perteneció. Y aquella época puede identificarse en este eco, de un modo cada vez más claro, bajo la forma de un estilo. O con mayor precisión, desde el punto de vista de la historia del arte: la época que desarrolló el *Art Déco* a partir del *Art Nouveau*, el tiempo de flirteo y noviazgo de Europa con América (del matrimonio sería testigo más tarde, pero sólo como invitado tras la valla).

Busco una Europa que todavía era europea.

En realidad usted debería entenderlo mejor que nadie, *mister* Jacob G. Brodny. Ante todo, en calidad de judío nostálgico. Podríamos decir que, como cualquier localidad decente en la América provinciana y profunda, hoy también Europa está libre de la presencia judaica, pero eso no era así en otros tiempos, ¿no es cierto?; aunque no era una tierra de promisión, sí que era, en todo caso, una tierra vivida y amada desde tiempos remotos; una tierra en la que ustedes, los judíos, veían cumplirse muchas de sus más osadas promesas, y, sobre todo, donde encontraron a sus verdugos más despiadados, y eso es algo que une de un modo tremendo, ¿no le parece?

Pero, independientemente de todo eso: como exeuropeo —de la Europa del este, lo enfatizo—, también a usted le habrán arrebatado su mitad. Tal vez no tenga ocasión de llorar por ella. Sea como sea, usted ha caminado al paso de los tiempos. No sé si con alegría o con tristeza, pero sí que ha lanzado por la borda lo que aún le quedaba de vestigio o de eco de una forma de vida extinta, y de repente se adaptó, lleno de vivacidad, a una nueva forma: se convirtió en americano. En el gran colectivo de los Estados Unidos de nuestro mundo occidental, su yo cercenado se transustanció y alcanzó una nueva y henchida plenitud, y ahora usted le estampa el americano a la gente en plena cara.

Yo, por el contrario, en lo relativo a mi otra mitad, me he hecho culpable de una falta por desgracia muy difundida: la del arrastre de épocas. No he podido renunciar del todo a lo que todavía, de algún modo, estaba vivo en mí —aunque sólo lo estuviera de manera abstracta, fantasmal: como el brazo de Nagel, arrancado de un disparo.

Por eso no he conseguido convertirme en algo entero, nuevo o plenamente vital en esta nueva época (americana); y, por supuesto, tampoco he podido seguir siendo lo que era. Y ahora tengo la bondad de entender lo que tanto me fascina de los franceses, un punto para el que Schwab mostraba una empatía excitada.

Lanzado de un lado a otro por los destinos cambiantes del cineasta (guionista de cine, ya sabe), me detengo a menudo, alternadamente, en distintas metrópolis de cada rincón de Europa: Viena, Madrid, Roma, Múnich, Copenhague, Milán, Berlín Occidental. Una Europa lamentablemente reducida, mutilada, despojada —en cierto modo— de su mitad, una Europa que se ha vuelto ridículamente provinciana, suburbana y desolada; sin embargo, desde hace algunos años (desde que tuve una descabellada historia de amor con una *fashion-model* americana llamada Dawn, o, en cualquier caso, desde la muerte de Schwab), la manera más segura de contactarme es aquí en París. Sin domicilio fijo, claro. El intento —tras las tristes experiencias de un matrimonio que pronto quedaría disuelto (con Christa) en Hamburgo— de radicarme aquí (con Gaia, una mujer enorme, con la piel achocolatada y sangre mitad afroamericana, mitad rumana: la princesa Jahovary, nombre que parece de un *Freak-Show*, pero ése era realmente su aspecto) fracasó dramáticamente; pero de ello le hablaré más adelante.

Lo que me frustra en grado extremo es la insólita y casi increíble dureza superficial de los franceses. Esos hermanos, tan claros como el cristal, tan cartesianamente translúcidos, han ido uniéndose hasta formar una costra dura, lo cual produce un mundo en el que no es tan fácil entrar. Yo, por lo menos, no lo consigo, aunque lo percibo; pero sé, ¡Señor!, que es mi mundo en muchos sentidos, casi en todos los sentidos, y que yo —o al menos el yo de esa mitad perdida de mi vida— me he mantenido integrado en él (como solía decirse en la jerga de los electricistas de la estirpe de mi tío Helmuth). Y todo aquí, donde se ha mantenido intacto casi todo lo perteneciente a la mitad perdida de mi vida —formas, colores, sonidos, abundancia de olores, todo un mundo idiomático (tan determinante para el estilo de aquella

época) y, en todo caso, todo el *Art Nouveau* o el *Art Déco* que uno quiera—; es aquí donde no sólo pierdo, por añadidura, el sentido de mi antigua pertenencia a este mundo, sino también cualquier sostén sólido en el tiempo, sobre todo en el presente.

El mundo es un acontecimiento en el que no participo, en el que nunca he participado ni participaré jamás. Es un acontecimiento francés, y yo no soy francés. Ni siquiera soy un *boche*, como Schwab, un potencial asesino de franceses (y lo repito: la suya era una relación íntima, casi una identificación). Tampoco soy americano (lo cual sería otro género de asesino de la forma de ser francesa). Yo no soy nada. Ni siquiera soy un apátrida en el sentido jurídico, sino un desarraigado de nacimiento, *déraciné par excellence*: un auténtico sin padre y sin patria, uno que no sabe quién fue su progenitor, cuya madre abandonó y traicionó a los de su estirpe, a su pueblo; un tipo sin tenencia ni pertenencia, sin bautizar, sin fe, sospechosamente políglota y divorciado de todo vínculo con una tribu, con toda bandera... Pero, eso sí, un hombre en busca de todo eso.

La magnífica ciudad de París, tan bella, la *ville lumière*, no me ayuda en esto ni un ápice. Al contrario. La aplastante presencia de su historia me excluye de sí misma como lo hace su histórico presente. En la ininterrumpida continuidad que va de Carlomagno a Charles de Gaulle no hay ni siquiera una ínfima fisura a través de la cual yo pueda colarme. Sin embargo, esa otra mitad de mi vida, la mitad perdida —para mí y para otros como yo— en aquel mes de marzo de 1938, pertenece más a este lugar que a ningún otro. Quiero decir que Occidente, la Europa occidental de la que nace, en la que ha crecido, cuyos colores, formas, sonidos, aromas y ambientes han dado forma a su modelo, está incomparablemente mucho más presente aquí que en cualquier otra parte. ¿En qué otro sitio iba a buscarla entonces, sino aquí? Aquí puedo seguirle el rastro, y seguirme el rastro a mí mismo de manera incesante; pero sólo eso: puedo seguirle el rastro, y eso, sólo a veces; en algunos momentos angustiosos, muy fugaces, momentos que nos ofrecen su promesa de felicidad por una fracción de segundo, estoy a punto incluso de pisarle los talones.



Ahora bien, lo que es alcanzarme, no lo consigo nunca. Y ello resulta tanto más torturante porque me veo, a cada paso, a punto de identificarme...

¿Cómo podría hacérselo ver, estimado Jacob G.? Usted, que pasa la vida recorriendo el mundo, conocerá seguramente Sneek, la Venecia holandesa. Allí uno recorre en pesadas barcas, infinitamente lentas, los canales plomizos. A derecha e izquierda, el paso de las orillas resulta tan insoportablemente somnoliento y pausado, que uno espera ver las casas inclinarse hacia delante como párpados que se cierran, como las cabezas de personas muy cansadas.

Pues bien, en un guion cinematográfico de mi autoría, el cual, como tantos otros, no pasará de ser un anhelo soñado y jamás cumplido (ninguno de los cerdos del cine, mis productores, querrá realizarlo jamás), ambienté allí una escena de persecución: un hombre ha de alcanzar a cualquier precio a otro que huye un par de barcas por delante de él... Huye muy lentamente... Su huida es de una lentitud infinita, pero, así y todo, inalcanzable... Y es que ese otro, por supuesto, es él mismo.

### 3

Supongo que usted tampoco debería desconocer esas situaciones existenciales que se han deslizado hacia la dimensión onírica de la cámara lenta (con su lógica disociación esquizoide de la personalidad). Se trata, a fin de cuentas, de un fenómeno temporal, es decir, de una percepción especial típica de la época, una concientización del tiempo (lo cual, dicho sea de paso, es también el primer paso de los comedores de hachís, los fumadores de opio, *et cætera*, en sus respectivos territorios de fantasías psicodélicas).

Tampoco me asombraría si me viera obligado a experimentar algo así en Viena. Fue allí donde perdí la otra mitad de mi vida y, en consecuencia, debería buscarla también allí —aunque